

Nuestro XXXIV Encuentro de Cristian@s de Base de Asturias

Desde 1989, nuestros grupos de Gijón venimos organizando los **Encuentros de Cristian@s de Base de Asturias**. A través de ellos expresamos públicamente nuestras inquietudes y posicionamientos sobre diversas cuestiones que afectan a la sociedad y a la Iglesia. Este año, bajo el lema «*La paz es el camino*», abordamos el tema de la guerra y la paz.

Se trata de un asunto de máxima actualidad. España, al igual que otros países europeos miembros de la OTAN, se prepara para incrementar de forma significativa su gasto militar. Se destinan miles de millones de euros –sustraídos de partidas más urgentes– a la adquisición de armamento y al fortalecimiento del aparato militar, incluyendo la participación en operaciones internacionales que consideramos discutibles y peligrosas.

La profesora Itziar Ruiz-Giménez Arrieta ofreció la primera conferencia del Encuentro, titulada: *Una mirada ecofeminista y decolonial a la guerra y la paz*. Desde una perspectiva crítica, cuestionó las narrativas dominantes sobre la guerra y la paz difundidas en la “mediápolis”, que configuran el sentido común en Europa y Occidente. Señaló cómo estas narrativas presentan ciertos conflictos como excepcionales, cuando la guerra es cotidiana para muchas poblaciones. Subrayó el poder político del lenguaje al definir qué vidas importan, y denunció la visión idealizada de Europa como garante de paz, ignorando su historia colonial. Desde el ecofeminismo, remarcó cómo la guerra afecta de manera desigual a mujeres y grupos vulnerables, y criticó la respuesta militarista de Europa, proponiendo en cambio una reflexión ciudadana que incorpore voces silenciadas y alternativas al discurso hegemónico. Se puede escuchar el contenido de la conferencia en la dirección: de **Internet**:

<https://bellman.ciencias.uniovi.es/~faustino/ccbb-gijon/p/202505/itziar.mp3>

La segunda conferencia corrió a cargo del teólogo Juan José Tamayo Acosta, que disertó sobre el tema: *Guerra y paz: ¿de qué lado están las religiones?*. El ponente reflexionó sobre el papel de las religiones en la guerra y la paz, evitando respuestas simplistas y abordando cinco fenómenos clave de la violencia contemporánea. Primero, destacó la fragilidad de la paz, más caracterizada por armisticios que por períodos pacíficos. Luego, describió el mundo como un “coloso en llamas”, con conflictos armados, desplazamientos forzados y un rearme global preocupante, denunciando la masacre en Gaza y la guerra en Ucrania. El tercer fenómeno es la violencia patriarcal, una guerra no declarada contra mujeres, niños y niñas. El cuarto aspecto recuerda el aniversario de los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki, alertando sobre el peligro actual de las armas nucleares. Finalmente, criticó la violencia estructural del neoliberalismo, como responsable de millones de muertes por exclusión. Concluyó con una crítica al rol histórico de las religiones, especialmente las monoteístas, que han justificado la violencia y se han aliado con el poder, perdiendo su dimensión profética y liberadora. Propone recuperar una ética radical de paz, justicia y solidaridad frente a la normalización de la guerra y la violencia. Se puede ver el vídeo de la conferencia en la dirección: https://www.youtube.com/watch?v=EEJeoGk_WE4 y las conclusiones del **Encuentro** en la página siguiente:

XXXIV ENCUENTRO DE CRISTIAN@S DE BASE DE ASTURIAS



Conclusiones del Encuentro

Los días 9 y 10 de mayo de 2025 celebramos en Gijón el XXXIV Encuentro de Cristianos y Cristianas de Base de Asturias, bajo el título LA PAZ ES EL CAMINO, que concluimos con las siguientes reflexiones:

1. Según el Instituto de Economía y Paz, existen 56 conflictos activos con 92 países involucrados. La cifra del gasto militar mundial para 2024 asciende a 2,7 billones de dólares, que son unos 2,4 billones de euros, 190 veces mayor que la empleada para combatir el hambre.

2. Ucrania está viviendo una situación de guerra, tras la invasión de Rusia, que le niega su independencia y soberanía trasgrediendo así el derecho internacional. Estados Unidos y la Unión Europea rearman a Ucrania provocando un conflicto de larga duración con numerosas víctimas, sin ninguna propuesta concreta de paz.

3. Palestina vive sometida al sistema colonial israelí, una de cuyas bases es el sionismo religioso. Desde el 7 de octubre de 2023 en que militantes de HAMAS asesinaron a 1150 personas y secuestraron a otras 240, lo que constituye un crimen de guerra, el ejército israelí está llevando a cabo un genocidio con más de 70.000 asesinatos en su mayoría niños, niñas y mujeres y casi 100.000 heridos, y un ecocidio con el 75 por ciento de las infraestructuras destruidas. Todo ello con el apoyo político y militar de Estados Unidos y de la Unión Europea y ante la pasividad de la comunidad internacional. Israel viola impunemente el derecho internacional humanitario sin ser objeto de sanciones.

4. Los conflictos bélicos están causando destrucción, muertes, fragmentación social, pobreza, hambre, sufrimiento, destrucción de la naturaleza, desplazamientos masivos en condiciones precarias. Los pueblos nunca ganan las guerras y siempre ponen los muertos.

5. Una mirada ecofeminista a la guerra y a la paz nos ha descubierto otras formas de guerra como la división sexual del trabajo y la violencia de género, que atentan contra el corazón, las mentes y los cuerpos sufrientes de las mujeres y las niñas y contra las personas LGTBIQ, así como ecocidio a nivel planetario.

Denunciamos el apartheid de género al que son sometidas las mujeres afganas oprimidas, silenciadas, invisibilizadas y tristemente olvidadas.

6. Asistimos a un alarmante crecimiento de narrativas belicistas que presentan la vía de la guerra y el rearme como la opción inevitable. Cada vez hay más sectores que ridiculizan la defensa de la paz, de los derechos humanos y del derecho internacional. Crece la impunidad, se normaliza la banalización del mal y se reduce a las víctimas a simples números.

7. Esta banalización del mal alcanza proporciones inusitadas con la propaganda vigente y reciente que pretende convencer a la ciudadanía europea de la necesidad de invertir 800.000 millones de euros para el rearme que, además de estar encaminados hacia la guerra, se retraerían de servicios públicos como sanidad, educación y protección social. En nuestra comunidad, Asturias, al parecer bien colocada en la industria del armamento, sectores políticos y sindicales aparentemente de ideario pacifista, reciben con alborozo el gran impulso económico que supondrá para nuestra región este dispendio para generar horror, muerte y desolación.

8. Ante el panorama descrito no podemos guardar silencio, ni ser neutrales, ya que nos convertiríamos en cómplices. Tampoco podemos caer en actitudes derrotistas y fatalistas, que nos llevarían a cruzarnos de brazos ante las guerras y las injusticias. Es necesario ponerse del lado correcto de la historia, que son las personas, los colectivos y los pueblos sufrientes y buscar alternativas para evitar que la guerra sea eterna.

9. La prioridad en la lucha por la paz es la eliminación de la desigualdad por género, identidad sexual, etnia, clase social, cultura y religión. El ideal de paz requiere la justicia social y personal y el cuidado de la integridad de la Tierra.

10. **NO HAY UN CAMINO PARA LA PAZ; LA PAZ ES EL CAMINO.** (Mahatma Gandhi)

Gijón 10 de mayo de 2025



OXFAM Intermón

Los **10.500 millones de euros** que ha "*encontrado*" el Gobierno para **invertirlos en defensa**, es justo la **cantidad necesaria para cumplir una promesa largamente incumplida**: destinar el 0,7% del PIB a la cooperación internacional. Es decir, a garantizar los derechos y el bienestar de millones de personas.

España está a la cola de los países ricos, **destinando solo un 0,25% del PIB**. Es decir, ocho veces menos de lo que nos vamos a gastar en defensa (el 2%). A la vez, **muchos grandes países están recortando sus fondos de ayuda al desarrollo, y cada recorte mata**: en Burkina Faso desaparecerán servicios de salud esenciales para miles de niñas y mujeres; en Afganistán, millones perderán atención sanitaria básica.

Hay **muchos intereses económicos** detrás de estas decisiones. Nos están robando el futuro en nombre de una falsa seguridad. Y lo peor: **no es falta de dinero, es falta de voluntad**.

España no puede seguir ese rumbo, En junio, acogerá la **Cumbre de Financiación para el Desarrollo**, y debe levantar la voz y apostar por la vida, por la paz y por la dignidad. Debe sumarse a quienes defienden que la seguridad real se construye garantizando derechos, no con más gasto en defensa y armamento.

Ver vídeo en la dirección: <https://www.youtube.com/watch?v=rEi6XBGXwJA>



La del "Cuerno de África"
es la peor crisis alimentaria
del siglo XXI.



Una buena amiga me ha contado, en repetidas ocasiones, que una vez fue a dar una conferencia a un pueblo de la costa y, acabada esta, la invitaron a una cena en la que, además del alcalde, estaban algunas de las fuerzas vivas del pueblo. Uno de ellos preguntaba insistentemente: alcalde, ¿qué hay de lo mío? Lo suyo en cuestión era la licencia para construir unos edificios junto a un mar de dunas y enfrente de la playa.

El día 21 de abril murió el papa, pero eso ya lo saben quiénes lean estas líneas. Un papa que se ha señalado por su sencillez, que dejó escrito cómo quería que fuese su entierro y funeral, que no quería lujos ni boato... Pero una vez más su iglesia hizo oídos sordos a sus deseos.

Desde el momento de su muerte, los medios de comunicación se llenaron de imágenes del Vaticano, recabando opiniones de quienes estaban por allí. Las tertulias hicieron del papa y la religión su tema monográfico, y una vez más las tertulianas y tertulianos se convirtieron en expertos, en este caso del fenómeno religioso y teológico (or cierto, no sé si alguna vez lo he dicho aquí, pero si existe la reencarnación, yo me pido ser tertuliana. Son los que más saben de todo y en cualquier momento).

Durante estos últimos días se ha repetido hasta la saciedad las veces que el papa ha hablado de la dignidad de la mujer, de la necesidad de su presencia en todos los estamentos, también en la iglesia, donde con él las mujeres hemos llegado a algunos puestos hasta ahora ocupados por los varones. Se ha abierto alguna ventana, pero las puertas siguen cerradas.

“Las mujeres tienen una capacidad de gestión y de pensamiento totalmente igual a la nuestra, y también yo diría superior a la nuestra, de otra manera”.

“Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de dios nacido de una mujer. La salvación para la humanidad vino del cuerpo de una mujer”

Las citas en defensa de la igualdad y la dignidad de la mujer por parte de Francisco son muchas y variadas y no es este el espacio para recogerlas.

Lo que sí quiero recoger es la falsedad y la hipocresía de tantos y tantas que dicen admirar y valorar la figura de Francisco y luego hacen todo lo contrario del legado que él nos ha dejado. Basta con ver quienes ocupaban los primeros puestos en el funeral. Dolía, y mucho, ver a Donald Trump, y Javier Milei, quienes defienden políticas antievangélicas e inhumanas que el papa condenó en más de una ocasión.

También quiero recoger el dolor de las imágenes que han precedido a la muerte del papa. Unas imágenes estéticamente llenas de belleza, pero ética y moralmente llenas de dolor para quienes esperamos un cambio en nuestra iglesia.

Si tuviera ganas de broma, cogería cualquier foto del funeral, con todos los cardenales, obispos, presbíteros y, copiando el juego de “Dónde está Wally”, preguntaría ¿dónde hay una mujer? ¿Dónde están las mujeres? Las mujeres estarían dentro, sacando lustre al altar, limpiando las habitaciones, preparando la comida... Y eso es violencia. “Toda violencia infligida a la mujer es una profanación de dios nacido de una mujer”, dice el papa, pero ¿quién lo escucha?

Cuando escribo estas líneas aún no ha empezado el Cónclave, no tenemos nuevo papa. Todo son interrogantes, preguntas, incertidumbres, también esperanza... Y yo le preguntaré al papa nuevo: ¿Qué hay de lo mío?, ¿qué hay de lo nuestro? De la igualdad, de dejar de ser una iglesia clerical, piramidal y patriarcal.

Por cierto, el constructor que preguntaba al alcalde qué hay de lo mío, consiguió el permiso y construyó sus pisos al lado de las dunas y enfrente del mar.

Mantengamos la esperanza y no nos dejemos llevar por el desaliento. Lo conseguiremos porque somos muchas, también algún mucho, luchando #HastaQueLaIgualdadSeHagaCostumbre



Trump: Atemorizar y humillar

Estados Unidos creó el sistema comercial mundial moderno. Las normas que rigen los aranceles y el proceso de negociación que los redujo con el tiempo surgieron de la Ley de Acuerdos Comerciales Recíprocos, ideada por Roosevelt en **1934**. El crecimiento del comercio internacional bajo ese sistema tuvo algunos aspectos negativos, pero en general fue muy positivo para Estados Unidos y el mundo. Fue, de hecho, uno de nuestros mayores logros políticos.

Los aranceles que anunció Trump fueron más altos de lo que casi nadie esperaba. Esto supone un impacto mucho mayor para la economía que el infame arancel Smoot-Hawley de **1930**, sobre todo si tenemos en cuenta que el comercio internacional es aproximadamente tres veces más importante ahora que entonces.

Sin embargo, la magnitud de los aranceles no fue lo único impactante del anuncio en el Jardín de las Rosas. Podría decirse que lo que aprendimos sobre cómo el equipo de Trump llegó a esas tasas arancelarias —**la absoluta y malvada estupidez de todo el asunto**— fue aún peor.

Podría verse tentado a descartar las quejas sobre el proceso político como esnobismo elitista. Pero la credibilidad es crucial en la formulación de políticas. Las empresas no pueden planificar si no tienen idea de qué esperar. Los gobiernos extranjeros no elaborarán políticas que beneficien a Estados Unidos si no esperan que respondamos racionalmente.

Entonces, ¿qué sabemos sobre cómo los trumpistas llegaron a su plan arancelario? Trump afirmó que los aranceles impuestos a diferentes países reflejaban sus políticas, pero James Surowiecki pronto señaló que los aranceles aplicados a cada país parecían derivarse de una fórmula rudimentaria basada en el déficit comercial de Estados Unidos con ese país. Los funcionarios de Trump lo negaron, mientras que la Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos publicó una nota que confirmaba la suposición de Surowiecki.

¿Quién formula políticas de esta manera? La clave es que Trump no busca realmente lograr objetivos económicos. Todo esto debería verse como una demostración de dominio, des-tinada a conmocionar, atemorizar y humillar a la gente, en lugar de una política en el sentido habitual.

De nuevo, no pretendo ser presuntuoso. Cuando el destino de la economía mundial está en juego, la perversa estupidez del proceso político es posiblemente tan importante como las propias políticas. ¿Cómo puede alguien, ya sean empresarios o gobiernos extranjeros, confiar en algo que salga de una administración que se comporta así?

Lo próximo que me dirán es que la gente de Trump está planeando acciones militares a través de canales inseguros y compartiendo esos planes sin querer con periodistas. Ah, esperen.

Me gustaría imaginar que Trump admitirá que se equivocó, cancelará todo y empezará de cero. Pero no lo hará, porque eso arruinaría la demostración de dominio. La irresponsabilidad ignorante es parte del mensaje.

Paul Krugman

Premio Nobel de Economía 2008

Volver a Jesús



Se pueden hacer toda clase de estudios y diagnósticos. Lo cierto es que el mundo necesita hoy savia nueva para vivir. Las Iglesias andan buscando aliento y esperanza. Las muchedumbres pobres del planeta reclaman justicia y pan. Occidente ya no sabe cómo salir de esa tristeza mal disimulada que ningún bienestar logra ocultar.

El problema no es solo de cambios políticos ni de renovaciones teológicas, sino de vida. Estamos necesitados de algo parecido al «fuego» que prendió Jesús en su breve paso por la tierra: su mística, su lucidez, su pasión por el ser humano. Necesitamos personas como él, palabras como las suyas, esperanza y amor como los suyos. Necesitamos volver a Jesús.

Desde el inicio, los cristianos vieron que él podía guiar a los seres humanos. Con su conocido lenguaje, el cuarto evangelio lo presenta como el «pastor» capaz de liberar a las ovejas del aprisco donde se encuentran encerradas para «sacarlas afuera», a un país nuevo de vida y dignidad. Él marcha por delante marcando el camino a quienes lo quieren seguir.

Jesús no impone nada. No fuerza a nadie. Llama a cada uno «por su nombre». Para él no hay masas. Cada uno tiene nombre y rostro propios. Cada uno ha de escuchar su voz sin confundirla con la de extraños, que no son sino «ladrones» que quitan al pueblo luz y esperanza.

Esto es lo decisivo: no escuchar voces extrañas, huir de mensajes que no vienen de Galilea. Siempre que la Iglesia ha buscado renovarse se ha desencadenado una vuelta a Jesús para seguir de nuevo sus pasos. Como se ha recordado tantas veces, «sígueme» es la primera y la última palabra de Jesús a Pedro (Dietrich Bonhoeffer).

Pero volver a Jesús no es tarea exclusiva del papa ni de los obispos. Todos los creyentes somos responsables. Para volver a Jesús no hay que esperar ninguna orden. Francisco de Asís no esperó a que la Iglesia de su tiempo tomara no sé qué decisiones. Él mismo se convirtió al evangelio y comenzó la aventura de seguir a Jesús de verdad. ¿A qué tenemos que esperar para despertar entre nosotros una pasión nueva por el evangelio y por Jesús?

José Antonio Pagola

Publicado en www.gruposdejesus.com



En los últimos años, el debate entre lo público y lo privado ha cobrado una importancia central en nuestras sociedades. Sectores esenciales como la sanidad, la educación, el transporte o la vivienda se encuentran en el centro de una pugna que no es meramente técnica o administrativa, sino profundamente política: ¿quién controla los recursos que sostienen la vida? ¿Y a quién benefician?

La sanidad pública garantiza el acceso universal a la atención médica, independientemente del nivel de ingresos. En contraste, los sistemas privados convierten la salud en un bien de consumo: quien puede pagar, recibe atención de calidad; quien no, queda marginado o endeudado. Esta desigualdad se profundiza cuando los gobiernos recortan fondos públicos y fomentan los seguros privados, generando una doble vía: una sanidad precaria para la mayoría, y otra *premium* para las élites.

La educación sigue un patrón similar. La escuela pública, pese a sus limitaciones, promueve la equidad de oportunidades y el acceso al conocimiento como un derecho. La educación privada, por su parte, segmenta a la sociedad desde la infancia, reproduciendo privilegios de clase bajo una lógica meritocrática que ignora las desigualdades de partida. Cuando los recursos públicos se desvían hacia conciertos o subvenciones a centros privados, se dismantela la capacidad del Estado para garantizar un sistema justo y universal.

El problema de la vivienda es otro eje fundamental en esta disputa. El acceso a un techo digno y asequible debería ser un derecho garantizado, pero la lógica del mercado inmobiliario lo convierte en un lujo. La especulación, la turistificación y la financiarización del suelo urbano —impulsadas por fondos de inversión, bancos y plataformas digitales— han transformado la vivienda en una mercancía para acumular capital, no en un bien social. Mientras los precios del alquiler se disparan y las hipotecas aprietan, las políticas públicas de vivienda son dismanteladas o convertidas en oportunidades de negocio a través de asociaciones público-privadas, venta de viviendas sociales o concesión de suelo público a promotores privados. La vivienda, como la sanidad o la educación, se convierte así en un campo más de extracción de rentas a costa del bienestar colectivo.

La ofensiva privatizadora no es neutra: responde a los intereses de una minoría económica que busca convertir derechos en negocios. Las estrategias de esta ofensiva son múltiples y complementarias. Incluyen la subfinanciación deliberada de los servicios públicos para provocar su deterioro; la externalización de funciones clave a empresas privadas, bajo la promesa de eficiencia; la imposición de marcos legales que favorecen la competencia del sector privado sobre el público; y campañas mediáticas que desacreditan lo común como ineficiente o anticuado. En paralelo, se promueve la idea de que la libertad individual pasa por “elegir proveedor”, invisibilizando el hecho de que no todos pueden pagar esa elección.

Cada escuela, hospital o bloque de viviendas privatizado representa una oportunidad de lucro para fondos de inversión, aseguradoras, constructoras o grandes corporaciones tecnológicas. La mercantilización de lo público forma parte de una estrategia más amplia de acumulación

por desposesión: quitar a las mayorías lo que es suyo —sus derechos, sus espacios, sus redes de solidaridad— para enriquecer a unos pocos.

En este sentido, la privatización es una expresión directa de la lucha de clases. No es una casualidad que las oligarquías promuevan recortes, externalizaciones y reformas neoliberales: debilitando lo público, consolidan su dominio sobre los mecanismos de reproducción social. Mientras tanto, la clase trabajadora pierde herramientas de protección y canales de movilidad social. La desigualdad se institucionaliza, y la democracia se vacía de contenido real.

Conclusión: La disputa entre lo público y lo privado no es solo un tema de eficiencia o costes: es una disputa sobre el modelo de sociedad que queremos. Defender lo público es defender la democracia, la igualdad y el derecho a una vida digna. En tiempos de crisis climática, desigualdad rampante, emergencia habitacional y precariedad estructural, apostar por lo común no es una nostalgia: es una urgencia política. La garantía de derechos colectivos no puede subordinarse a las leyes del mercado: requiere una voluntad política clara de recuperar y reforzar lo público como eje vertebrador de una sociedad justa.

Frente a esta ofensiva privatizadora, el interés de las clases populares, de las mayorías desposeídas, es claro: apoyar sin ambigüedades políticas progresistas que refuercen y amplíen lo público, que recuperen la capacidad del Estado para planificar y garantizar el bienestar colectivo. Esto implica no sólo detener las privatizaciones, sino avanzar decididamente hacia la nacionalización de sectores clave de la economía —como la energía, la banca, el transporte, la sanidad o la industria farmacéutica— que hoy se encuentran en manos de grandes corporaciones cuyo único objetivo es maximizar beneficios, incluso a costa del sufrimiento social o del colapso ecológico.

La energía eléctrica, por ejemplo, es un bien esencial para la vida moderna. Sin embargo, las compañías eléctricas privadas fijan precios abusivos, especulan con la pobreza energética y se benefician de un marco legal que les garantiza impunidad y rentabilidad. Lo mismo ocurre con las farmacéuticas, que comercializan la salud, y con los bancos, que privatizan los beneficios y socializan las pérdidas. Estos sectores no deberían estar sometidos a la lógica del lucro, sino gestionados democráticamente para responder a las necesidades colectivas.

Sin embargo, para que las clases trabajadoras y populares puedan tomar conciencia de esta realidad y actuar en consecuencia, es necesario romper el cerco ideológico impuesto por las clases dominantes. Estas no sólo controlan los medios de producción económica, sino también los aparatos de producción simbólica: los medios de comunicación, el sistema educativo, la cultura de masas. A través de ellos moldean percepciones, inculcan valores individualistas y meritocráticos, invisibilizan las causas estructurales de la desigualdad y desactivan la conciencia de clase. Se presenta lo público como ineficiente, lo colectivo como arcaico, y lo privado como sinónimo de libertad y progreso.

Esta hegemonía cultural tiene como objetivo impedir que los oprimidos comprendan el origen de su situación y se organicen políticamente para transformarla. Se difunde un relato que responsabiliza al individuo de su destino, mientras se ocultan las estructuras que perpetúan la injusticia. Por eso, democratizar la información, fomentar una educación crítica y promover espacios autónomos de organización y pensamiento son tareas fundamentales para revertir esta desposesión no solo material, sino también simbólica.

Sólo recuperando la soberanía sobre los recursos, los servicios esenciales y los imaginarios colectivos será posible construir una sociedad verdaderamente democrática, en la que el bienestar no sea privilegio de unos pocos, sino derecho de todos. Lo público no es sólo un conjunto de instituciones: es la expresión política de un proyecto común de vida digna.

El relevo papal y la urgencia de repensar la autoridad en la Iglesia



El reciente relevo en el papado ha vuelto a poner al Vaticano en el centro del interés mediático global. Durante semanas, los medios han ofrecido una cobertura continua, enfocada en el proceso del cónclave y en las características personales del nuevo pontífice. Sin embargo, esta avalancha informativa ha dejado fuera del foco cuestiones más profundas y urgentes: ¿cómo se ejerce la autoridad en la Iglesia católica? ¿Qué papel tienen los fieles en su organización? ¿Y hasta qué punto esta estructura responde al espíritu del Evangelio que dice representar?

La forma en que los medios han tratado este cambio de pontífice ilustra una tendencia preocupante: la trivialización del debate sobre el modelo institucional eclesial. Se ha especulado con entusiasmo sobre si el nuevo papa será reformista o tradicionalista, si vendrá del norte o del sur global, si tendrá un estilo cercano o más doctrinal. Pero se ha evitado abordar el verdadero problema de fondo: el carácter estructuralmente anti-democrático y excluyente del actual sistema eclesiástico.

En pleno siglo XXI, la Iglesia continúa rigiéndose por una lógica jerárquica y vertical que excluye del proceso de decisión a la inmensa mayoría de sus miembros. Los laicos –y especialmente las mujeres– siguen sin voz ni voto real en las instancias donde se decide el rumbo pastoral, teológico e institucional de la comunidad eclesial. El acceso al poder está reservado exclusivamente al clero ordenado, dentro de una estructura que no ha sido pensada para la corresponsabilidad, sino para la obediencia.

Este modelo no sólo es anacrónico en comparación con otras organizaciones sociales que han adoptado formas representativas y participativas de gobierno, sino que entra en tensión directa con la eclesiología del Vaticano II, que recuperó la idea del Pueblo de Dios como sujeto activo de la vida eclesial. No obstante, aquella intuición conciliar ha sido obstaculizada sistemáticamente por un aparato institucional más preocupado por preservar el poder que por renovarlo.

Este modelo jerárquico no surgió de forma espontánea. Fue el resultado de siglos de consolidación institucional, en los que la Iglesia fue asumiendo rasgos cada vez más alejados del movimiento de Jesús. En ese proceso, se relegó progresivamente el núcleo profético y liberador del Evangelio en beneficio de una estructura centrada en el culto, la liturgia y el control doctrinal. Se absolutizó el rol del clero como mediador exclu-

sivo entre Dios y el pueblo, mientras que la comunidad cristiana fue transformándose en audiencia pasiva, alejada de la praxis transformadora del Reino de Dios.

Durante largos periodos de su historia, la Iglesia invirtió más energía en preservar formas externas-ritos, solemnidades, normas litúrgicas-que en encarnar la buena noticia a los pobres, la justicia para los excluidos o la denuncia profética frente a los poderes opresores. Esta hipertrofia de lo cultural frente a lo comunitario y misionero sigue siendo un lastre para una renovación auténtica. Recordar y retomar el proyecto liberador de Jesús es condición necesaria para cualquier intento serio de reforma eclesial.

Resulta aún más grave que esta estructura rígida se ampare en una supuesta legitimidad divina, presentando el poder eclesial como inapelable e incuestionable. Sin embargo, el Evangelio ofrece una visión radicalmente distinta de la autoridad. Jesús, lejos de ejercer un poder dominador, se presentó como servidor: “El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (*Mc 9,35*). En su trato con los marginados, en su crítica a los poderes religiosos de su tiempo y en su forma de convocar a la comunidad, Jesús relativizó cualquier forma de autoridad que no se pusiera al servicio del bien común.

La fidelidad al mensaje evangélico no puede sostener una estructura eclesial que concentre el poder en una élite clerical, que excluye la pluralidad de carismas y que margina sistemáticamente a las mujeres. Más bien, exige una transformación profunda hacia un modelo de Iglesia en el que la autoridad sea verdaderamente representativa y ejercida como servicio, no como privilegio.

La masa de fieles, por su parte, parece oscilar entre la resignación y la esperanza cautelosa. Muchos intuyen que no basta con esperar un “papa bueno” o un estilo más accesible. Lo que está en juego es mucho más profundo: se trata de discernir si la Iglesia está dispuesta a asumir las consecuencias del Evangelio que proclama y a revisar las estructuras de poder que impiden vivirlo en plenitud.

En las sociedades democráticas, los católicos participan activamente en procesos políticos donde tienen derechos, voz y capacidad de incidencia. Sin embargo, dentro de su propia Iglesia, estos mismos ciudadanos son tratados como súbditos, sin canales efectivos de participación en las decisiones que afectan a su comunidad de fe. Esta contradicción clama por una solución. ¿Hasta cuándo aceptaremos esta excepción eclesial que niega a los creyentes lo que se reconoce como justo en otros ámbitos de la vida?

El relevo papal debería ser ocasión para pensar a fondo sobre estos temas. No se trata de una cuestión secundaria o meramente organizativa. Es una cuestión teológica, evangélica y pastoral. ¿Podemos seguir defendiendo una estructura de poder que no refleja ni el mensaje de Jesús ni la dignidad de los fieles? ¿Podemos seguir postergando una reforma que hace décadas es reclamada por amplios sectores del Pueblo de Dios?

Lo que está en juego es la credibilidad misma de la Iglesia y su capacidad de encarnar el Evangelio en un mundo que necesita comunidades vivas, abiertas y corresponsables. Tal vez sea hora de dejar de esperar un cambio desde arriba y comenzar a construir, desde las bases, una Iglesia más fiel a su origen y más libre de las cargas del poder institucionalizado.